

giones y Estados de la República e hicieran intercambio de sus canciones en las horas del vivac, o como dicen los escritores: "cuando hicimos cantando la revolución", para que surgiese como síntesis cultural y pudiésemos apreciar cuanto ha producido el pueblo de México desde que empezó a tener conciencia de tal, y aún más, para que naciese un nuevo género de canción: la revolucionaria, la nacida al fragor de los combates, en las noches insomnes del sitio y la metralla, en los días angustiosos e inciertos del triunfo y la derrota, aquellas canciones que halagaron a los caudillos y les hicieron olvidar la dura existencia y la proximidad de la muerte. No es necesario recordar, todos las tenemos a flor de labio: "La Adelita", "La Juaquinita", "La cucaracha", "La Valentina", "Las tres pelonas", "La Jesusita" y tantas otras.

Las hazañas, las valentías, la audacia y despego de la vida de todos los que fueron a regar con su sangre los campos de batalla, hicieron que los trovadores trashumantes, los cancioneros, los músicos de las ferias que con el afán de aventura, la necesidad de vivir o una curiosidad innata se sumaron a las fuerzas combatientes, relatando los acontecimientos que presenciaron y los hechos al parecer insignificantes, pero que resultaban heroísmos después de realizados, compusieran de inmediato, como testigos presenciales, como historiadores de los hechos, los corridos revolucionarios que, pasado el tiempo y serenadas las pasiones de partido, reunidos en legajos, constituyen la crónica de los caudillos, de los conductores de hombres, de los que por herencia ancestral han jugado con su vida. Tales corridos son de hecho la gesta revolucionaria de las principales figuras de esos días: Francisco Villa, Alvaro Obregón, Argumedo, Cavazos y Emiliano Zapata.

Los historiadores de nuestro arte musical pueden ahora estimar en todos sus detalles el frondoso árbol de nuestra lírica que tan espléndidos frutos ha dado y que se afianza cada vez más hondo en las entrañas de nuestra nacionalidad. El canto popular, la canción mexicana, símbolo de nuestra existencia como país, encierra en sí todo el pasado, el presente y el futuro de México, todos los sacrificios de nuestros aborígenes, el heroísmo de los conquistadores, la paciencia de los misioneros y las lágrimas y sonrisas de nuestros progenitores; es nuestra mejor y más acendrada expresión, es nuestro tesoro cultural, es la palpitación auténtica de nuestro México.

*La música mexicana.*

*La música folklórica de mi país es llamada por antonomasia música mexicana. Es ella la forma genuina de expresión de nuestro pueblo; remonta su origen a las causas que han determinado nuestra naciona-*

lidad, es decir, a la fusión de todos aquellos elementos raciales y culturales que en la actualidad constituyen a México.

Dos son en esencia los elementos culturales que han contribuido a la formación de nuestra nacionalidad: el indígena y el europeo. El primero es uno y múltiple a la vez, encierra simultáneamente características de homogeneidad y heterogeneidad. Casi podría asegurarse que mirando a un indígena de México se ha visto a todos; mas esto no es verdad, pues cuando se analizan más cuidadosamente los rasgos fisonómicos, culturales, lingüísticos y psicológicos de los individuos de distintas regiones, se encuentran diferencias tan profundas que no es posible aceptar el que los distintos grupos étnicos de México pertenezcan al mismo tronco.

El elemento europeo, también uno y múltiple, cultural y biológicamente, es asimismo homogéneo y heterogéneo. Ya en el siglo XVI, tanto los conquistadores soldados como los evangelizadores misioneros procedían por grupos de distintas regiones peninsulares. Desde entonces hasta nuestros días continúan llegando indistintamente gallegos, asturianos, vascos, castellanos, aragoneses, extremeños y andaluces, conservando todos ellos profundamente arraigados en el espíritu sus atavismos, y cada uno de estos elementos raciales ha influido con la música de su región y de su época en la formación de nuestra musicalidad.

Durante los tres siglos de dominación española, la convivencia de indígenas y peninsulares —con núcleos más o menos importantes de chinos, malayos y africanos— determinó una gradación de mestizajes que concluyó por producir un tipo genuinamente mexicano, el cual a partir de las guerras de Independencia ha tratado constantemente de definirse mejor y es dueño de una cultura igualmente mestiza.

Esta serie de mestizajes que se inició desde la unión de don Hernán Cortés con doña Marina, ha producido una música particular que encierra los rasgos de todos los elementos musicales que le han dado origen, y que en una larga y penosa gestación ha producido un folklore y una música mexicanos.